

TESOROS DE LA ANIMACIÓN

Disney

Aladdin



Tesoros de la animación



DISNEY

Aladdin



A

l criarme en Egipto, tuve la oportunidad de descubrir una cultura única y rica.

Mis padres solían leerme historias de «Las mil y una noches» antes de dormirme.

Uno de mis cuentos favoritos era «Aladdín».

Cuando *Aladdín* se estrenó en las salas de cine, tenía doce años recién cumplidos y mi familia acababa de emigrar de Egipto a Australia. *Aladdín* me llevó de nuevo al paisaje familiar, capturando la esencia del mundo que una vez conocí. Escena tras escena, la animación de los personajes resultaba cautivadora y la influencia de la arquitectura árabe era evidente. Reconocí rasgos de mí mismo en Aladdín, un chico joven que solo quería una vida mejor y que, con el tiempo, descubrió su propio valor. Ver a Aladdín y Jasmine volando por la Gran Pirámide de Guiza en la Alfombra Mágica, cantando «Un mundo ideal», tuvo una estrecha relación con el cambio que yo estaba experimentando. Me maravilló que la narración y la animación me pudieran hacer sentir tan cómodo. Allí fue cuando supe lo que quería hacer.

En aquel momento parecía una odisea imposible, pero de repente, en 2016, trabajé con Ron Clements y John Musker en *Vaiana*, en Walt Disney Animation Studios.



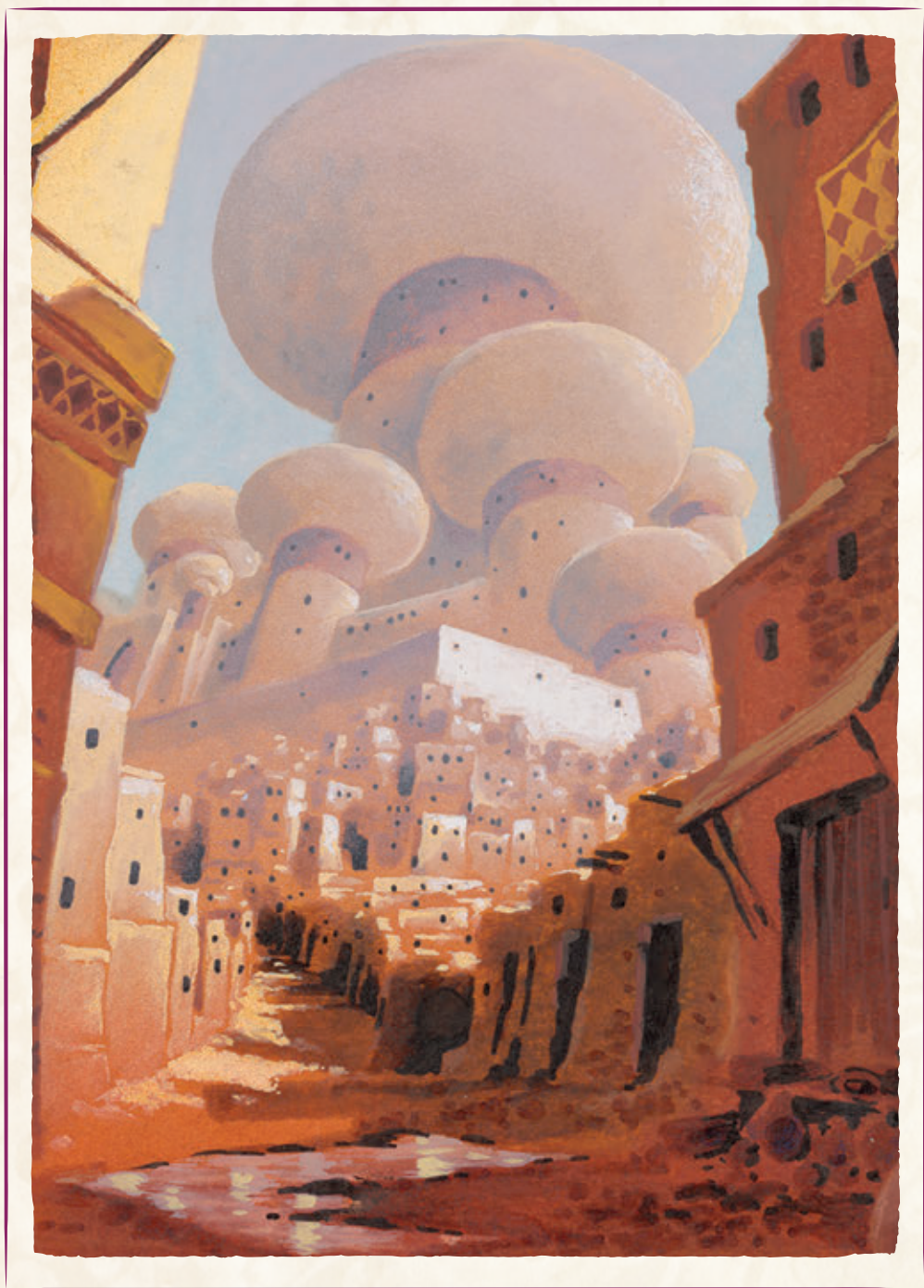
¡Y Ron y John fueron los directores de *Aladdín*! La película que me inspiró a perseguir una trayectoria en la animación aquellos años atrás.

Entonces conocí a Eric Goldberg, el animador principal del Genio. Tuve la oportunidad de sentarme con él y escuchar sus historias con Robin Williams, quien puso la voz al personaje mágico. Juntos, Eric y Williams lo dotaron de vida, pero fue la excéntrica improvisación de Williams lo que fue esencial, no solo para la interpretación del personaje animado, sino también para la fluidez y el desarrollo de toda la historia. El Genio, dijo Eric, fue un regalo para los animadores.

Gracias, Ron y John, y Eric, y a todos los artistas y equipo de producción de *Aladdín*. Gracias a esta película, conseguí formar parte de la siguiente generación de narradores de Disney, comprometidos a continuar el legado que inspire a futuras generaciones a perseguir sus sueños.

Yasser Hamed

Walt Disney Animation Studios





*n una ciudad resplandeciente
al borde del desierto, un joven
corría a través de los tejados.*

Se llamaba Aladdín. Huía de los guardias reales,
que lo perseguían e intentaban atraparlo.

—¡Detente, ladrón! —gritó el capitán.

—¿Tanto jaleo por una barra de pan? —dijo Aladdín,
mirando el pan que sostenía entre sus manos. Entonces,
se deslizó por la pared y aterrizó en medio de la calle.

—¡Ahí está! —gritó uno de los guardias—. No te
escabullirás tan fácilmente.



—¿A esto le llamas fácilmente? —dijo Aladdín.

Una mujer que pasaba por allí se echó a reír:

—Aladdín, te meterás en un buen lío si te pillan.

—¿Pillarme? —dijo Aladdín—. No se preocupe, no es tan fácil pillarme.

Pero antes de que Aladdín pudiera dar un paso más, el capitán de los guardias lo atrapó.

—¡Te pillé! —gritó.

Entonces, un mono saltó a la cabeza del capitán y le cubrió los ojos con su propio gorro.

—Justo a tiempo, Abú, como siempre —dijo Aladdín, risueño—. Rápido, larguémonos de aquí.

Juntos, Aladdín y Abú corrieron por las estrechas callejuelas hasta que perdieron de vista a los guardias.





Era la hora de disfrutar de su barra de pan. Aladdín partió la hogaza, pero antes de dar el primer mordisco, vio a dos niños hambrientos que lo miraban con unos ojos enormes y tristes.

—Tened —dijo, acercándoles el pan—. Vamos, cogedlo.

Por la noche, cuando Aladdín llegó a casa, apartó la cortina rasgada y contempló las vistas de la ciudad. A lo lejos, podía ver el palacio real.

—Abú, algún día las cosas cambiarán —prometió—. Seremos ricos, viviremos en un palacio y nunca más tendremos problemas.

